

**González, Horacio. *Filosofía de la conspiración. Marxistas, peronistas y carbonarios*. Buenos Aires, Colihue, 2004, 380 p.**

Para el pensamiento moderno los enemigos del conocimiento no son lo falso o el error, ambos hacen posible que las ciencias progresen, sino la ambigüedad, aquello que deja al conocimiento dando vueltas sobre sí mismo. Ésta es una de las líneas en donde es posible verificar una ruptura con el proyecto moderno. Porque el pensamiento actual inaugura nuevos movimientos cuando asegura que la ambigüedad no se opone al conocimiento sino que, al igual que lo falso o el error pero en otros sentidos, lo hace posible. La actualidad del libro de Horacio González no está en sus referencias a titulares de diarios ni a las lecturas casuales que está realizando mientras escribe, ni tampoco por su insistencia en cierto *ahora*. Todas ellas pierden frente a la actualidad intempestiva del uso que le da a la ambigüedad en su libro.

Ambigua es la conspiración, pero no solo porque es ejecutada a traición, tras máscaras o entre sombras, oponiendo ambigüedad a lo que es claro y distinto, sino porque conspiración tiene dos sentidos muy diferentes, es ella y su antónimo. Hace referencia en la intimidad al hacer en común, a la conversación cómplice entre amigos, pero en el exterior adquiere la dimensión de una amenaza, la desconfianza en lo que es común, la sospecha de que el lenguaje oculta mucho más de lo que manifiesta. Conspiración significa armonía, incluso cuando ésta es llevada al exceso. En el mundo del conspirador nada está librado al azar. Todo hecho por más pequeño que sea tiene su causa. Pero esta organización absoluta del mundo no trae consigo la tranquilidad del que sabe que nada nuevo va a pasar, que todo ya ha sido dicho, sino la agitación del que cree que la catástrofe es inminente. Es precisamente la reversibilidad de los significados la que convierte la causalidad en una obsesión.

La ambigüedad se encuentra en la multiplicidad de los sentidos y estos a su vez se encuentran todos juntos en la expresión. Algunas de ellas vuelven esto una evidencia. Aquí se incluye el tartamudeo, el balbuceo, la repetición de una consigna o una fórmula. Horacio González titubea. ¿Por qué filosofía? Hubiera podido llamar al libro *Experiencia de la conspiración*. Toda experiencia ocurre en la memoria y en el lenguaje, materias que nutren este libro y que funcionan como coordenadas que permiten ubicar el lugar de la conspiración. Pero son los mismos lenguajes, otros libros, los que a fuerza de repetir depotencian la efectividad

de la experiencia como título. *La conspiración* pierde la delicadeza que la palabra experiencia le confiere y se torna amenazante. *Filosofía* aparece en el título como un último recurso y al mismo tiempo como la imposición de una exigencia en la reflexión sobre la conspiración. Sin embargo, no se trata de un compromiso forzado. Ya decía Fourier: “los filósofos son los primeros intrigantes”. Quizás sea por aquello de la amistad con que se inicia el filosofar pero también porque el pensamiento tiene una base conspirativa. Existe una razón conspirativa que solo puede progresar ocultando, dejando replegados una parte esencial de sus argumentos. Si saliera todo a la luz ella devendría impotente, resultaría irracional.

Hemos caído en medio de la conspiración, es decir, en el interior del lenguaje. Interior significa aquí tanto una relación con lo dicho como con lo no dicho. Aquello oculto en la conspiración es también lo inconfesable. Pero si existe lo inconfesable es explícitamente porque alguien lo denuncia. Y en este decir siempre es otro a quien se le adjudica lo inconfesable. La conspiración alude persistentemente a un mundo de terceros. La conspiración puede definirse entonces como el intento de captar el pensamiento desconocido de los otros, sospechado de originar tramas que nos afectan. Estamos ante el hecho político de la conspiración. Un hecho que pone en existencia una comunidad en virtud de lo que queda oculto en su lenguaje, esto es, de lo que queda dicho como oculto en su lenguaje. Ahora bien, este hecho político es un hecho problemático. Porque no deja de ser ambiguo. Para la política, la conspiración resulta inevitable en tanto habita en el interior del lenguaje, pero no como una particularidad de éste sino como aquello que hace posible el relato (la intriga es el modelo mítico de todo relato) tanto de ficción como histórico. Pero la conspiración es lo que la política debe evitar porque ella debe asegurar la autonomía de la acción política. La conspiración sujeta a la política a una trama oculta que escapa a ella, a una causalidad sin resquicios que la somete. Una política sin decisión ni libertad, una política que desconoce lo que ella misma puede hacer. Uno de los intentos del libro de Horacio González es escribir una historia abierta de Argentina, no conspiracional.

No se trata, sin embargo, de llevar a la política a un terreno despejado de equívocos. Donde escribimos intentos podríamos haber escrito intrigas. Una de las intrigas del libro de Horacio González es escribir una historia abierta de Argentina. Porque en muchos casos es un libro el que conspira. Así sucedió con el *Facundo* de Sarmiento, un libro que, sin deber circular, fue pasando de mano en mano, emprendiendo largos viajes furtivamente, guardado en escondites secretos, cuyos ejemplares llegaban a las autoridades y a los ojos del tirano ajados y

despachurrados de puro leídos. El libro, como su héroe, como muchos otros libros, se convierte en un mito popular que deberá arrastrar en su lectura apasionada con un gobierno dictador. El libro de Horacio González no conspira mediante el secreto. Lo hace mediante un estilo que discontinúa la historia al transponerla en una lengua más libre, que atraviesa épocas, nombres y lenguajes sin el aura consagrada que conjugan. Un estilo que teje su propia trama sin hacer visible ningún diseño. Esta conspiración no exige lectores apasionados que actúen sigilosamente llevando consigo un ejemplar prohibido, sino lectores que se dejen llevar ellos mismos por una retórica abierta. Ya que este es un libro conspirador, sus intentos nunca abandonarán el lugar de lo ambiguo.

La retórica es precisamente uno de estos lugares. En ella se sucede el drama de la conspiración: la eterna reversibilidad de los opuestos. El drama que sufrió el propio Marx cuando fue acusado de ser un agente de las cancillerías imperiales. Problema retórico de la conspiración ¿cómo argumentar que uno no pertenece a una conspiración? ¿cómo demostrar que es el otro el que conspira? ¿cómo hacerlo si la prueba debe provenir de los mismos argumentos? El problema es retórico porque la lógica secreta de la conspiración no solo impide aportar pruebas sino que socava la confianza en cualquier testimonio exterior. El argumento debe descansar entonces en su propia fuerza expresiva. Marx será implacable. Apelaré a todos los recursos, incluso a chistes escatológicos. Lo va a ser a pesar de que para él la realidad no es conspirativa. La historia no se rige por un plan secreto, sino por una racionalidad dialéctica. El pensamiento conspirativo no puede entender las leyes de la historia. No las puede entender porque bajo esas leyes él resulta un disfraz encubridor, resulta derrotado. Para el marxismo el conjunto actuado de la historia bajo razones objetivas es superior al trabajo de delación realizado por cualquier agente provocador. Pero Marx contesta porque el problema retórico persiste. Es justamente en el nivel de la retórica en donde la conspiración es real en tanto es dialéctica. Una forma baja y tortuosa de la dialéctica que la convierte en un teatro bufo. Una dialéctica de las ideas en que éstas se provocan mutuamente, colocándose en situaciones de disfraz y generando antagonismos que en cierto momento asumen la identidad de su propia antítesis. Marx finalmente contesta porque ha sido provocado.

La provocación es uno de los temas del libro de Horacio González. Si la conspiración capta el pensamiento desconocido de los otros, la provocación actúa de tal modo que esos otros reaccionen en virtud de sus intereses ocultos, pero de un modo que no les convenga hacerlo. La provocación viene a despertar lo que

un enemigo potencial quisiera retener en su despliegue práctico. El provocador tiene la destreza de producir hechos soñados por el enemigo, pero que este último es incapaz de ejecutarlos a riesgo de quedar expuesto. Este es el juego de identidades que se da entre el provocador y su enemigo, al punto tal que siempre cabe la sospecha de que es el mismo enemigo en cuanto Régimen, en cuanto Estado o Sociedad el que genera su propio provocador. El provocar asume en sí la potencia de los opuestos. No solo de lo que lo atañe sino también de lo que combate. Este ha sido el síntoma del peronismo. Su capacidad de hacer circular, readaptar y combinar ideologías de los más diversos orígenes bajo una sola figura, bajo un solo nombre. Porque, y con esto nos permitimos una última ambigüedad, ¿no debe un buen conductor ser también un provocador?

Terminamos con un nombre. Allí acaba el segmento que enuncia de modo libre Horacio González: carbonarios (así fueron señalados los románticos de la generación del 37), marxistas y peronistas. Pero el nombre con que acaba Horacio González es otro. Damiano. Militante de algún otro nombre, su paso por la historia consistió en ser torturado sin pronunciar ningún nombre. Allí se detiene Horacio González, y allí se detiene también la historia que no puede aportar ningún otro dato, ningún documento acerca de Damiano. Cada nombre es una situación, y cada situación una conspiración. Pero este nombre solitario no nos invita a conspirar, tan solo a imaginar. Ahí comienza una nueva historia, una historia no conspirativa, a partir de una imaginación desesperada que enlaza el pasado desvanecido con el que no se ha desvanecido aún en nosotros. Si la ambigüedad ya no es lo que se opone al conocimiento, es porque otros han venido a ocupar ese lugar. La estupidez, la tontería, o la locura tal como la entiende Erasmo. Contra ellas no vale el sentido común, de él se alimentan. Del mismo modo que la locura que no se remedia invocando un único sentido, el buen sentido, para las palabras, sino que, por el contrario, ella empieza cuando el lenguaje ya no puede articular ambigüedades. Es la existencia de sentidos opuestos lo que resguarda las libertades del hablante. Para ello, la imaginación.

*Germán Steszak*